

LAS DIMENSIONES DEL MERCADO MATRIMONIAL EN ESPAÑA DURANTE LA RESTAURACIÓN

David S. REHER
Universidad Complutense

ABSTRACTS

Utilizando fuentes censales agregadas e información proveniente de partidas de matrimonios, se procuran trazar algunas de las dimensiones del mercado matrimonial en España durante la Restauración. Entre los resultados más significativos destaca la importancia de la edad, el sexo, la condición económica y el origen geográfico para la forma en la que las personas se posicionaban en el citado mercado. Dentro de los contextos estudiados, una razón de masculinidad más o menos equilibrada permitía que el mercado matrimonial funcionara con bastante eficacia.

Based on aggregate and individual level census and marriage data, the author evaluates some of the dimensions of the marriage market in Spain during the Restoration period (1875-1923). Results suggest that age, sex, economic condition and geographical origin were important constraints for people's chances at marriage. Within the contexts studied, fairly balanced sex ratios, flexible expectations and remarriage were central to an efficient market where comparatively few people were ultimately left out.

En utilisant des sources censales agrégées et de l'information obtenue des actes de mariage on procure dessiner quelques unes des dimensions du marché matrimonial en Espagne pendant la Restauration (1875-1923). Parmi les résultats les plus remarquables se trouve l'importance de l'âge, le sexe, la condition économique et l'origine géographique pour les chances des gens en vue de leurs mariages. Dans les contextes étudiés, une raison de masculinité plus ou moins équilibrée permettait que le marché matrimonial agisse assez efficacement.

LAS DIMENSIONES DEL MERCADO MATRIMONIAL EN ESPAÑA DURANTE LA RESTAURACIÓN

David S. REHER
Universidad Complutense

Azar y orden en el mercado matrimonial

«Matrimonio y mortaja, del cielo bajan» es un proverbio tradicional que subraya el hecho de que el matrimonio, al igual que la muerte, no parece ser tanto una cuestión de designio como una de azar. Es una respuesta popular a los aparentes caprichos en la selección de pareja en un mundo en el que los matrimonios, más que el producto de pactos entre familias, eran el resultado del libre juego de jóvenes en busca de lo que ellos y sus familias pensaban que era la persona apropiada para el matrimonio. Sin embargo, surge la sospecha de que a pesar de un elemento de azar que siempre estaría presente, estos jóvenes se encontraban con una abundancia de normas sociales que tenderían a limitar el imperio del destino en la medida de lo posible. Un mercado matrimonial eficaz era central para la reproducción demográfica y social, así como para la felicidad de las personas directamente implicadas. Era demasiado importante como para dejar la elección de pareja al dominio del azar.

Jugar con éxito en el mercado era una cuestión de suma importancia, tanto para el individuo como para la sociedad. Los jóvenes competían entre sí, en especial con los de su mismo sexo, para elegir y ser elegidos por la persona más indicada. Competir en el mercado comenzaba en cuanto se alcanzaba la edad «casadera», cuando casarse ya era socialmente aceptable, y sólo terminaba con el matrimonio, la entrada en el clero o cuando la persona dejaba de tener alguna posibilidad razonable de éxito. Por otra parte, la mortalidad de los adultos suponía que muchas personas entraban en el mercado más de una vez, al competir los viudos y las viudas con los demás a fin de conseguir una segunda oportunidad. El fracaso significaba que se formaban uniones poco deseables o, mucho peor, que la persona se quedaba sin casar. Esta última situación era una posibilidad real y por lo general no deseada para los implicados.

Hombres y mujeres acudían al mercado con sus propias expectativas, que terminaban afectando su manera de posicionarse en él. Algunos pretendían casarse más tarde, otros más temprano; algunos preferían esposos que vivían en el pueblo, otros no; algunos tenían propiedades y otros no. La competición no era nunca sencilla, y el hecho de que el éxito en el mercado pareciese, al menos en parte, una cuestión de suerte no es sorprendente. El testimonio de la eficacia de este mercado reside en que las cuestiones de oferta y demanda al final se ponían de acuerdo, y fuera de algunas regiones el celibato definitivo no fue nunca demasiado elevado en España.

Comprender el funcionamiento del mercado matrimonial dentro de un contexto histórico es problemático, ya que los datos existentes no suelen estar a la altura de la tarea. Sin embargo, no se puede dudar de la importancia del mercado matrimonial como uno de los condicionantes cruciales, en las sociedades históricas, de la fecundidad, la nupcialidad y la transmisión del patrimonio familiar. Junto con el establecimiento de la posición económica de cada persona, era sin duda una de las actividades más importantes para los jóvenes durante una etapa de sus vidas. A pesar de las dificultades que supone su análisis, merece nuestra consideración. Haciendo uso de datos agregados e individuales, en este artículo intentaré evaluar algunas de las pautas de funcionamiento del mercado matrimonial en España. No es más que una primera aproximación –útil, espero– a una institución compleja por su misma naturaleza.

Razón de masculinidad y mercado matrimonial

Se suele utilizar la razón de masculinidad en las edades casaderas como indicador aproximado del mercado matrimonial. Representa la presencia o la ausencia de un determinado sexo y, por ello, refleja la oferta de parejas disponibles. Definida de esta manera y utilizada como variable independiente para explicar variaciones regionales en los patrones de nupcialidad, suele ser un indi-

cador bastante útil. En aquellas zonas en las que el mercado matrimonial está fuertemente sesgado en favor de un sexo o de otro, debido normalmente –pero no siempre– a corrientes migratorias selectivas por sexo, la falta de un sexo termina disminuyendo las oportunidades de matrimonio del otro. Al utilizarse en análisis multivariantes, los coeficientes de regresión de este indicador suelen ser significativos.

En España se ha trabajado poco acerca de este aspecto del mercado matrimonial. Al ver los datos censales entre 1887 y 1940 se pueden apreciar ciertas regularidades. La más notable a lo largo del citado período es una falta habitual de hombres en edades casaderas. Razones de masculinidad de 94 en 1887 y en 1900, 91 en 1920, 96 en 1930 y 88 en 1940 son prueba elocuente de un mercado determinado en buena medida por la falta de hombres. Aparte de los niveles que se obtienen en 1940, debidos sin duda a defunciones y exilios como consecuencia de la Guerra Civil, a lo largo del resto del período la migración transoceánica de varones fue la causa principal de su ausencia en estos grupos de edad.

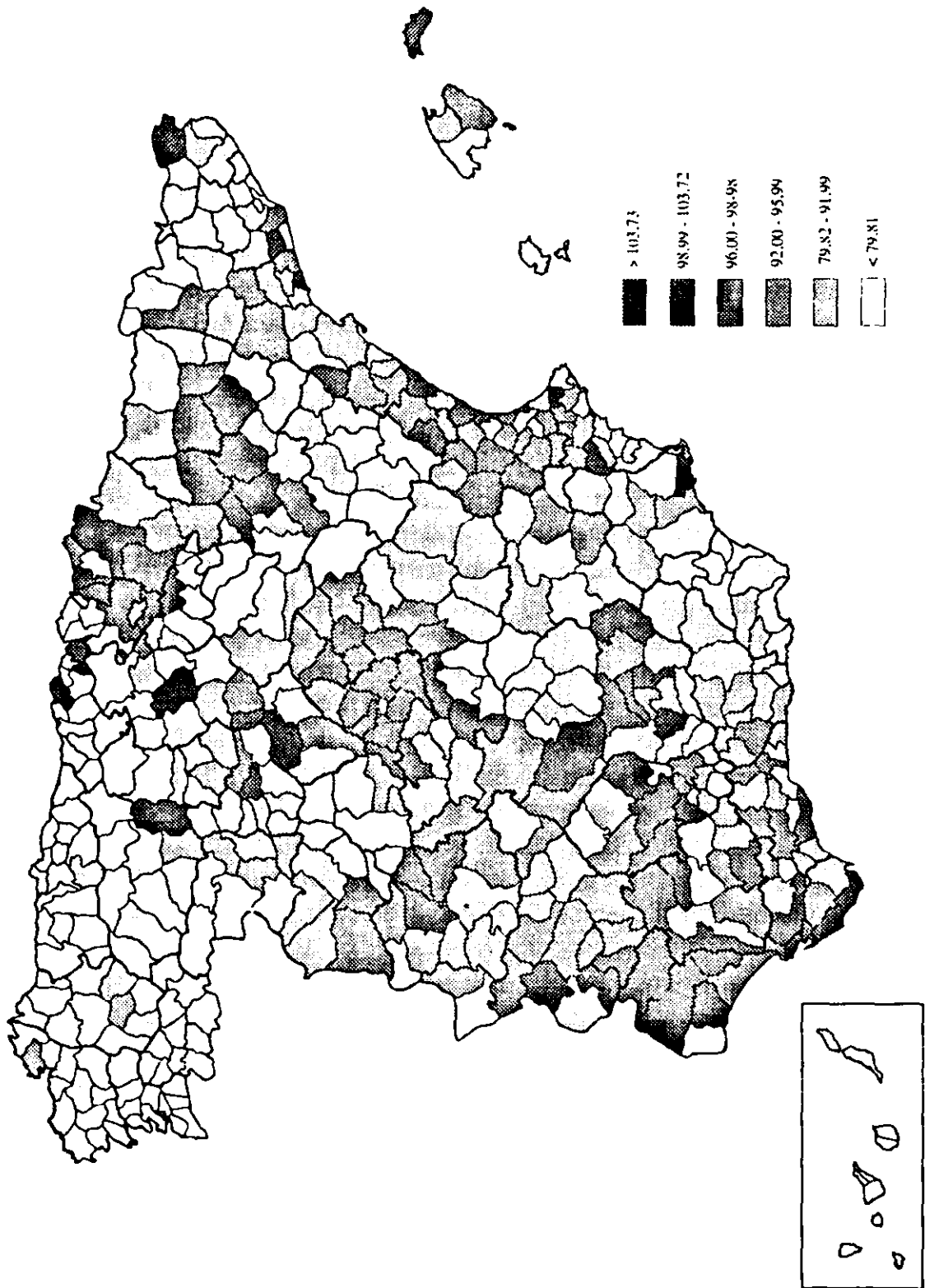
Los patrones regionales de migración también explican la gran gama de razones de masculinidad que se pueden encontrar en España¹. Un repaso atento al Mapa 1 basado en los 476 partidos judiciales existentes en 1887, es testimonio elocuente de la diversidad existente en el país². Este mapa es una aproximación a lo que sabemos de varios patrones divergentes de migración. La influencia de las migraciones a larga distancia, predominantemente masculinas y especialmente intensas en este grupo de edad, es la más visible entre ellos. Existe una gran carencia de hombres a lo largo de toda la costa cantábrica, en las Islas Canarias y en la zona oriental de Andalucía. Éstas eran las comarcas más afectadas por la migración hacia América y el Norte de África.

Una razón de masculinidad equilibrada o una abundancia de varones podría haber sido el resultado bien de una emigración de ambos sexos, la inmigración masculina o la emigración femenina. Ejemplos de los tres se pueden ver en el Mapa 1. Mientras la relativa abundancia de varones en torno a Cádiz se debía a la presencia de militares en la región, en torno a Madrid no era la presencia de hombres sino la ausencia de mujeres el determinante de razones de masculinidad elevadas: las jóvenes estaban sirviendo en Madrid. En las comarcas en torno a Barcelona, por otra parte, los saldos migratorios habitualmente muy negativos afectaban a ambos sexos casi por igual, dejando como resultado un mercado bastante intacto.

1. En 1887 la razón de masculinidad entre 21 y 30 años de edad en las provincias españolas oscilaba entre 57 y 116, entre 57 y 113 en 1900, entre 58 y 133 en 1920, entre 73 y 122 en 1930 y entre 75 y 119 en 1940.

2. Véase Reher et al., 1993.

Mapa 1: Razón de masculinidad (21-30 años) por partidos judiciales, 1887



La distribución regional básica de la razón de masculinidad cambió de forma gradual a lo largo de la modernización española (tabla 1). Hasta 1920 las zonas donde faltaban hombres eran básicamente las mismas que en 1887. Una vez más, esta estabilidad estaba relacionada con las dinámicas de la emigración transoceánica, que en España arrancó con fuerza en la década de 1880 y llegó a su punto culminante justo antes de la Primera Guerra Mundial. La reducción en la emigración y la incidencia de los que volvían durante el período posterior alteró gradualmente la composición regional de las razones de masculinidad. En 1940 la Guerra Civil contribuyó a la creación de una estructura regional marcadamente distinta.

Tabla 1: Matriz de coeficientes de correlación para el mercado matrimonial en España

	1887	1900	1920	1930	1940
1887	1,000	,914**	,777**	,686**	,287
1900		1,000	,807**	,766**	,291
1920			1,000	,751**	,472**
1930				1,000	,414*
1940					1,000

Tal y como se podía esperar, las zonas en las que faltaban hombres eran las de oportunidades nupciales restringidas para las mujeres. Algunos ejemplos extremos sacados del censo de 1887 ilustran este punto con claridad. En cuatro partidos judiciales gallegos, entre 21 y 30 años de edad había un promedio de 44 varones por cada 100 mujeres, frente a otros tres partidos sacados de las zonas del interior del país, en las que había un número similar de varones y de mujeres. Donde el mercado matrimonial estaba desequilibrado el celibato definitivo femenino se situaba en torno al 32%, y donde estaba equilibrado no pasaba del 4%³. Resultados similares se han encontrado en análisis multivariantes, donde se ha demostrado que la falta de hombres tiende a incrementar tanto la edad al casarse como el celibato de las mujeres (Reher, 1991: 21-22).

3. Los partidos judiciales que hemos utilizado son los siguientes:

Partido	Provincia	Razón de masculinidad	Celibato definitivo femenino (%)
Corcubión	La Coruña	50	33
Padrón	La Coruña	47	30
Punteareas	Pontevedra	44	31
Puente-Caldelas	Pontevedra	33	34
Tudela	Navarra	99	6
Torrelaguna	Madrid	101	4
Huete	Cuenca	101	3

Fuente: Reher et al., 1993.

La búsqueda de pareja vista de cerca

La utilización de la razón de masculinidad para explicar los patrones de nupcialidad es un recurso accesible y conveniente, puesto que es fácil de generar y funciona bien como variable independiente. Como vehículo para entender el funcionamiento del mercado matrimonial en sí, sin embargo, es algo menos adecuado. Basar nuestra comprensión de esta institución en la presencia o ausencia de un sexo determinado es en realidad una manera bastante simplista de abordar un fenómeno bien complejo. La oferta de un sexo u otro constituye el armazón de cualquier mercado matrimonial, pero su efecto sólo es estadísticamente relevante de cara a la nupcialidad cuando la razón de masculinidad está muy sesgada⁴. De lo contrario, una oferta heterogénea tenía que vérselas con una demanda igualmente heterogénea, si es que iba a funcionar el mercado debidamente. No era tan sólo cuestión de buscar pareja, sino de buscar la pareja idónea.

En circunstancias normales el mercado matrimonial era un mercado segmentado, ya que la demanda, y la oferta, estaban segmentadas. Cada participante entraba en el mercado con su propias prioridades, que tenían que satisfacerse si es que se iba a casar. Esta situación no difería sustancialmente cuando las familias de los que competían influían en sus tomas de decisión, ya que ellas también tenían prioridades e intentaban implementarlas con la mayor eficacia posible. Estas prioridades podían diferir por grupo social, por sexo, por residencia, por rango de nacimiento, por estatus económico, por cuestiones culturales y por gustos personales. A fin de cuentas las mujeres se casaban con hombres, y por eso la existencia de hombres en el mercado era esencial. Sin embargo, el hombre ideal para una mujer joven, digamos, tendría que tener a algún tipo de propiedad o estar a la espera de una herencia, vivir en el pueblo o en el de al lado, tener entre 1 y 3 años más que ella, y, tal vez, ser alto y tener ojos oscuros. De lo contrario, ella no tendría interés en él, al menos de momento. Si había hombres que cumplían con estos requisitos, y si la pareja era compatible, entonces el matrimonio era una posibilidad evidente. En esta descripción, la oferta de pareja entra en escena, pero sólo después de ser mediatizada por el filtro de la demanda. Podría haber, por ejemplo, una abundancia de jornaleros, o de labradores más jóvenes que ella, o chicos forasteros, pero si no cumplían con las expectativas de esta joven, no se casaría.

La demanda, sin embargo, era elástica, y los requisitos de las personas podían cambiar, como de hecho ocurría. A fin de cuentas lo que interesaba era casarse, así que una pareja menos que ideal podría llegar a considerarse aceptable bajo ciertas circunstancias. Estas "circunstancias" variaban básicamente

4. Si, por ejemplo, sólo utilizamos provincias en las que la razón de masculinidad queda entre 90 y 103, y ello es lo más habitual durante el período que estamos estudiando, todo vínculo entre dicho indicador y la edad al casarse o el celibato desaparece.

según la posición que ocupaba cada cual en el mercado matrimonial, y esta posición era en buena parte función de la edad. Cada sociedad, y cada grupo social, consideraba que ciertas edades eran las apropiadas para contraer matrimonio. Antes de llegar a estas edades, que eran las edades "casaderas", la posibilidad de un matrimonio no entraba siquiera en las consideraciones de la gente. Más tarde, cuando casarse era ya una opción aceptable, los jóvenes competían en el mercado a sabiendas de que tenían algunos años para encontrar su pareja. Era entonces cuando sus exigencias eran más importantes y cuando sus parejas se aproximaban más al "ideal". La gente también sabía, sin embargo, que una vez pasada una cierta edad el matrimonio era una opción cada vez más problemática. Ello era especialmente cierto para las mujeres, pero también afectaba a los hombres. Según se iban haciendo mayores, las personas estarían cada vez más dispuestas a bajar el listón de sus exigencias para casarse.

Se pueden identificar ciertos condicionantes del mercado matrimonial dentro del contexto de las zonas rurales de la España preindustrial. Algunas influían directamente en los tipos de decisión que tomaban las personas, y otras condicionaban el mercado en su conjunto. Dentro de una sociedad en la que la razón principal para casarse era garantizar la reproducción demográfica y social, y cuando los niveles de mortalidad eran elevados, las edades casaderas para las mujeres eran mucho más cortas que para los hombres. Si una mujer tenía que tener, digamos, cinco o seis partos, era imprescindible que se casara a una edad relativamente joven. A pesar de que la belleza y la riqueza de una mujer podrían ser muy superiores cuando tenía 30 ó 35 años de edad, desde una perspectiva de reproducción demográfica tenía poco valor. Dentro de regímenes demográficos de alta presión es casi imposible encontrar números significativos de mujeres solteras casándose después de los 30 años de edad. El límite superior de las edades casaderas de las mujeres sólo empezó a elevarse cuando la mortalidad cayó y el control de la fecundidad se hizo común. El reloj biológico no era ni mucho menos tan restrictivo para los hombres, y probablemente tenía poco que ver con la edad a la que se casaban. Debido a muchas de estas mismas razones, las viudas valían mucho menos que los viudos en el mercado de las segundas nupcias, a menos que fuesen o muy jóvenes o gozasen de una posición económica acomodada (Pérez Moreda, 1986).

La diferencia de edad en el matrimonio era otro factor que tendía a reforzar la ventaja comparativa aparente que los hombres parecían tener en el mercado. Puesto que las normas culturales dictaban que el hombre tenía que ser algo mayor que su esposa, la mortalidad adulta conllevaba, *ceteris paribus*, unas cohortes masculinas algo más reducidas que las de mujeres, creando así una "abundancia" relativa de mujeres, y permitiendo a los hombres mayor margen de maniobra a la hora de elegir sus parejas. A nivel local, sin embargo, esta "ventaja" era de hecho bastante reducida, puesto que había muchas maneras de neutralizar sus efectos. A nivel regional o nacional, sobre todo en tiempos de

cambio demográfico rápido, el tamaño de la cohorte podía tener unos efectos significativos sobre las posibilidades de matrimonio⁵. La carencia general de hombres en España durante la Restauración, debida a los procesos migratorios ya aludidos, contribuía a aumentar esta falta relativa de hombres en edad casadera.

Se ha dicho que en Inglaterra una de las normas básicas que regía la nupcialidad era que lograr un nivel de vida mínimamente aceptable era considerado por todo el mundo como paso previo imprescindible para cualquier matrimonio (Smith, 1981). No existe razón alguna para creer que en España la situación no fuese similar. Este nivel de vida mínimo, no obstante, sería probablemente diferente según país o región. Lo que aquí se argumenta es que también difería según la posición económica que ocupaba la gente dentro de la sociedad. Para un jornalero, cuyo nivel de vida dependía en buena medida de su propia capacidad física, las edades casaderas no tenían por qué ser necesariamente las mismas que para los labradores que estaban a la espera de una herencia, ni para los artesanos que tenían la necesidad de establecerse independientemente del mundo de la producción agrícola. Para cada uno de ellos, el nivel de vida mínimo e imprescindible para el matrimonio variaba, y se conseguía en momentos diferentes de su propio ciclo vital. Por eso es razonable pensar que también diferían sus patrones de nupcialidad.

El grupo familiar mediatizaba la elección personal y la posición de las personas dentro del mercado. En muchos casos los matrimonios se pactaban entre familias, y el consentimiento paterno era imprescindible para cualquier unión⁶. Incluso cuando las personas eran libres para elegir a quien quisieran, las estrategias familiares afectaban a esta toma de decisión. Condicionantes como éstos existían en todos los grupos sociales, pero posiblemente eran más fuertes entre las familias pudientes y en aquellas zonas del país donde predominaban sistemas de herencia más o menos indivisible. Dentro de este contexto, el rango de nacimiento, el sexo y la herencia que correspondía a cada miembro del grupo familiar tenían repercusiones para su capacidad de contraer matrimonio, de contraer matrimonio dentro de su propio grupo social, y de contraerlo con quien deseaban.

El mercado matrimonial tenía ciertas dimensiones geográficas que hay que considerar. Tal y como señaló Louis Henry hace tiempo en un artículo tan sencillo como elegante, incluso dentro de contextos rurales bastante aislados el mercado matrimonial no era nunca totalmente local y siempre incluía personas que provenían de los pueblos colindantes o de otros más lejanos (Henry, 1981: 191-193). Señalaba, sin embargo, que los matrimonios con personas de

5. Aquí, esta línea de argumentación no dista mucho de la marcada por Anna Cabré al referirse a los desajustes del mercado matrimonial en la España actual. Véase Cabré, 1993, 1994.

6. Según la legislación vigente, a un hijo se le podía desheredar si se casaba sin el consentimiento paterno.

fuera eran siempre menos frecuentes de lo esperado, y que personas de pueblos cercanos eran siempre preferibles, a la hora de elegir pareja, a las que venían de zonas más lejanas.

Existían buenas razones económicas y sociales para esta situación. Las redes sociales de los jóvenes, tan esenciales para el matrimonio, eran básicamente locales. Los chicos se relacionaban con chicas del mismo pueblo y, con menos frecuencia, con las que venían de los pueblos cercanos, con quienes entraban en contacto en las fiestas locales, en el mercado, a través de amistades familiares, etc. Para la mayor parte de los jóvenes había pocas oportunidades para conocer a jóvenes que vivían más lejos. La gente prefería casarse con personas que habían conocido durante su juventud, y con las que compartían cierta afinidad social y cultural. Aun cuando la boda tenía lugar en otro sitio totalmente diferente, se ha demostrado que estas pautas de afinidad afectaban a la elección de pareja. En la ciudad de Cuenca durante los siglos XVIII y XIX, por ejemplo, existía una tendencia estadísticamente significativa a que los jóvenes eligiesen a sus novias de las mismas zonas de donde provenían ellos, incluso cuando las zonas de origen eran muy alejadas de la ciudad donde tenía lugar el matrimonio (Reher, 1990: 270-274).

También importaban las consideraciones económicas, sobre todo en contextos en los que la joven pareja heredaba propiedades de más de una familia y donde los mercados de tierra eran poco eficaces y flexibles, que parece ser el caso de la mayor parte de España. Tener tierras en pueblos diferentes y a veces lejanos tenía poco sentido económico, y casarse con alguien que venía de lejos sólo podía ser fuente de problemas. Para los grupos sociales que no tenían acceso a la tierra estos condicionantes locales eran probablemente diferentes. Sin embargo, incluso en aquellos grupos donde las consideraciones de propiedad eran mínimas, los condicionantes geográficos del mercado matrimonial eran importantes, sobre todo por la cuestión de las redes de contactos sociales, rara vez lejos del pueblo y su entorno. Si, por el contrario, por razones de educación u ocupación los jóvenes entraban en contacto con personas que vivían más lejos, las dimensiones del mercado matrimonial se ampliaban. En consecuencia, es razonable suponer que las dimensiones del mercado tendían a variar por grupo social, por edad y por estado civil, y que los matrimonios locales siempre fuesen preferibles.

Algunas opciones eran siempre las menos deseables. Grandes diferencias de edad entre los esposos, matrimonios con la mujer siendo mayor que el hombre, enlaces con viudos o viudas, con migrantes, o matrimonios entre grupos sociales distintos son ejemplos de ello⁷. La gente sólo recurría a este tipo de unión cuando su posición en el mercado estaba en relativa desventaja. Dicho de otro modo, no se podía pedir que una mujer soltera de 23 años de

7. En la ciudad de Cuenca, por ejemplo, la edad al casarse era marcadamente mayor para los varones migrantes que para los varones originarios de la ciudad (Reher, 1990: 82).

edad se casase con un inmigrante viudo de 35, a menos que tuviera bastante dinero. Había mejores opciones. El rango de nacimiento también podía ser un factor, sobre todo en regiones donde imperaban sistemas de sucesión indivisible, beneficiando al heredero, y haciendo más difícil el matrimonio de sus hermanos⁸. Su importancia en zonas de sucesión divisible, si es que la tenía, está por ver. A medida que vamos explorando más las dimensiones de las elecciones personales, ejemplos como éstos se podrían multiplicar fácilmente.

El juego de oportunidades en el mercado tenía lugar dentro de un contexto donde otros factores influían en las elecciones de todos. La disponibilidad de tierras, vivienda y trabajo, siempre en función de la densidad de población, o el nivel de mortalidad contribuían a definir el panorama de las oportunidades matrimoniales para toda la sociedad. Éstas son las variables clásicas, tan centrales en las ideas de Robert Malthus o de John Hajnal (1965; 1982), las que subyacen al patrón europeo de nupcialidad relativamente tardía y restringida. Cuando la densidad de la población se aproximaba los límites de los recursos disponibles, las oportunidades económicas disminuían y las personas terminaban por casarse más tarde y menos; durante los tiempos de crecimiento económico la nupcialidad se aceleraba y se hacía más temprana. Muchas investigaciones han subrayado la fuerza de esta relación a largo y a corto plazo. Las zonas de mortalidad elevada eran invariablemente caracterizadas por una intensa nupcialidad; y donde el régimen de mortalidad era benigno, las posibilidades de matrimonio disminuían (Livi Bacci, 1978: 76-77; Pérez Moreda y Reher, 1985; Wrigley y Schofield, 1981). En España, y en otros muchos lugares, el obstáculo preventivo funcionaba con eficacia para mantener la nupcialidad, y en consecuencia la fecundidad, dentro de la capacidad económica de la sociedad.

Condicionantes como éstos definían los límites del juego para las expectativas de personas y de grupos en el mercado matrimonial. Afectaban a todos los participantes, pero no forzosamente de la misma manera. Eran el telón de fondo para las esperanzas y posibilidades individuales antes descritas. El resultado era un mercado matrimonial heterogéneo, en el que una demanda segmentada se encontraba con la oferta existente, dibujando ambas los patrones de nupcialidad. El éxito llevaba al matrimonio, y el fracaso al celibato. Normalmente este mercado terminaba cosechando unos niveles de éxito estimables, principalmente porque la demanda tendía a ser elástica y las personas estaban dispuestas a optar por la pareja adecuada, si no idónea. Precisar cuándo y cómo ocurría es de mucha importancia para entender la forma en la que se establecían las uniones matrimoniales en la España pre-industrial.

8. Llorenç Ferrer i Alòs (1993) da un ejemplo para familias pudientes en las zonas rurales catalanas durante los siglos XVIII y XIX, donde el sistema de herencia indivisible produjo grandes diferencias en las oportunidades de matrimonio del heredero, de sus hermanas, y en especial de sus hermanos menores, que a menudo tenían que elegir entre la emigración o el celibato.

De lo teórico a lo empírico: estudios de dos casos durante la Restauración

Comprobar la validez de estas hipótesis con datos empíricos es muy difícil, sobre todo porque es prácticamente imposible manejar fuentes que nos permitan ver la manera en que funcionaba el mercado matrimonial desde la perspectiva de las expectativas personales. Si se hace uso de datos nupciales individuales, sin embargo, es posible observar algunas regularidades en el comportamiento nupcial de algunos segmentos de la sociedad que reflejan realidades diversas en el mercado matrimonial y en las aspiraciones nupciales de cada uno de ellos. En este apartado se intentará identificar algunas de estas regularidades.

Los datos que se utilizan están basados en los registros de matrimonios en dos localidades de la meseta central. Ambos casos se ubican en una zona de España caracterizada por sistemas de herencia divisible y estructuras del grupo doméstico rigurosamente sencillas. Las dos eran centros subregionales moderadamente importantes en cuanto a sus funciones administrativas y económicas y capitales de sus respectivos partidos judiciales. Hay, sin embargo, importantes diferencias entre ellas⁹.

Belmonte se localiza en las zonas meridionales y manchegas de la provincia de Cuenca. Durante la década de 1840 su economía se basaba casi por entero en la producción agrícola, en particular en la de cereales, con el cultivo de olivares y viñedos como actividades complementarias. Aparte de algún tejido, había poca producción económica fuera del sector agrícola. En la zona de Belmonte las fincas eran relativamente grandes y por lo general los jornaleros eran más numerosos que los labradores. Entre 1840 y 1920 la población de Belmonte permaneció estable, oscilando en torno a los 2.500 habitantes.

Piedrahita está situada en la parte occidental de la provincia de Ávila, cerca a la sierra de Gredos, en una zona de explotaciones pequeñas que, en la época mencionada, producían sobre todo cereales, patatas y cebollas. Su actividad económica más importante, sin embargo, era la ganadería. Contrariamente a Belmonte, Piedrahita siempre tuvo un sector no-agrícola relativamente pujante, con la producción de sombreros en la década de 1840 y de velas, chocolate, tejas, etc. durante los primeros años del siglo actual. Puesto que era una zona de fincas pequeñas y de acceso bastante generalizado a la tierra, el peso de los jornaleros era mucho menor que en Belmonte. También eran más numerosos los artesanos y comerciantes. El sector servicios era moderadamente importante en las dos, debido sobre todo a su papel en la administración civil de sus partidos judiciales respectivos. Al contrario que Belmonte, la segunda mitad del siglo XIX fue un período de crecimiento sostenido para Piedrahita, que pasó de tener

9. Los datos sociales y económicos acerca de estas dos localidades se basan en el Censo de Floridablanca (1787), el Diccionario Geográfico de Pascual Madoz (1845-50), el Censo de 1887 y la Enciclopedia Universal Ilustrada de Espasa Calpe (1907-1930).

una población de menos de 1.000 habitantes en 1840 a otra de cerca de 3.000 personas en 1920. Las aldeas y pueblos cercanos eran más pequeños, más numerosos y más cercanos en el caso de Piedrahita que en el de Belmonte.

Se han utilizado datos relativos a 1.122 matrimonios en Belmonte entre 1863 y 1930, y de otros 780 en Piedrahita entre 1871 y 1911. La información recogida corresponde a la edad al casarse, el estado civil previo, sexo, lugar de residencia y, cuando era posible, la actividad económica. El grado de registro es bastante completo, salvo para el oficio, donde hay varios problemas importantes. En Belmonte tan sólo 135 de los registros matrimoniales tienen datos acerca del oficio del novio, mientras que en Piedrahita la cobertura es completa. En ambas localidades, datos acerca de la actividad económica de la novia o de su padre son escasos y básicamente inservibles para nuestro análisis. Se decidió organizar la base de datos en función del matrimonio, renunciando a agrupar a los novios y novias por separado. Este procedimiento permite una perspectiva analítica más refinada porque posibilita el análisis de los atributos matrimoniales de las novias en función de los de los novios. En conjunto, la calidad de los datos parece elevada.

Los resultados indican que los patrones nupciales eran bastante divergentes entre estas localidades y dentro de cada una de ellas. Los parámetros matrimoniales básicos de ambas ciudades se encuentran recogidos en la tabla 2. Para las mujeres, el matrimonio era en edad más joven y las segundas nupcias mucho menos frecuentes que para los hombres. Las edades casaderas de las mujeres diferían de las de los hombres. Estas pautas se pueden ver en las figuras 1, 2, 3 y 4, que contienen la distribución por edad de todos los matrimonios y de las primeras nupcias para ambas localidades¹⁰.

Tabla 2: Datos nupciales básicos para dos poblaciones

	Belmonte	Piedrahita
Edad al casarse	26,6 (5,3)	24,0 (5,0)
Diferencia de edad entre esposos	2,63 (4,1)	2,92 (5,23)
% matrimonios:		
soltero con soltera	89,5	87,0
soltero con viuda	1,2	2,5
viudo con soltera	6,1	7,8
viudo con viuda	3,2	2,6
Porcentaje de matrimonios locales*	74,0	50,8

Nota: sólo se incluyen matrimonios de personas menores de 50 años, 1.083 en Belmonte y 755 en Piedrahita.

* Matrimonio en el que ambos cónyuges provienen de la localidad donde se celebra el matrimonio.

10. Es preciso señalar que éstas no son frecuencias matrimoniales por cohortes, como hubiera sido deseable, ya que se han basado en datos correspondientes a varios años, y pueden evidenciar efectos transversales diferentes. Sobre este pormenor, Coale, 1971: 193-199. Las frecuencias se han derivado al estimar una media móvil de 3 años para las edades al matrimonio entre 16 y 50. Nos hubiera gustado poder generar tasas específicas de nupcialidad. Esto no ha sido posible debido a la falta de datos censales acerca de la estructura por edad y el estado civil, junto con que los matrimonios tuvieron lugar en un período de 40 y más años.

Para las mujeres, las edades casaderas empezaban a los 17 ó 18 años y llegaban a su punto culminante en torno a los 23. Luego caían rápidamente hasta los 27 ó 28 años de edad, cuando la posibilidad de un primer matrimonio era ya muy baja. Para los hombres la situación era algo distinta. Antes de los 20 ó 21 años de edad no había prácticamente matrimonios, si bien las frecuencias aumentaban rápidamente después. Incluso pasados los 29 ó 30 años la intensidad de las primeras nupcias seguía siendo apreciable. En Belmonte después de 31 años de edad y en Piedrahita después de 34-35 ya no había prácticamente matrimonios. De esta forma, para las mujeres las edades casaderas empezaban entre los 18 y los 20 años de edad y duraban hasta los 27, mientras que para los hombres empezaban más tarde (20-21), pero duraban bastante más. Un hombre soltero de 30 años todavía tenía una buena posibilidad de casarse, pero una mujer no. En una sociedad en la que se suponía que cada mujer tenía que dar a luz varias veces, para cuando tenía 25 ó 26 años de edad su "valor" en el mercado matrimonial comenzaba a disminuir de forma pronunciada. La reproducción demográfica era un factor de gran importancia en el mercado matrimonial.

Una comparación entre los patrones matrimoniales de las dos muestras es también instructiva. El matrimonio era más tardío (para ambos sexos), abarcaba más edades y era menos local en Piedrahita que en Belmonte. Estas diferencias se ven con claridad en las figuras 5 y 6, donde se comparan las frecuencias de las primeras nupcias de cada sexo. En Piedrahita a edades muy jóvenes las frecuencias matrimoniales eran algo mayores, y llegaban a su punto culminante o bien a la misma edad o algo más tarde que en Belmonte. Sin embargo, el calendario nupcial era más tardío en Piedrahita, debido fundamentalmente a las edades superiores a la edad modal. Después, en Belmonte las frecuencias matrimoniales caían de forma precipitada, frente a Piedrahita, donde la caída era mucho más gradual. Para mujeres de 29 años de edad, las frecuencias matrimoniales eran dos veces mayores en Piedrahita que en Belmonte, y para hombres de 31 años eran 4 veces superiores. Es evidente que la posibilidad de casarse duraba mucho más en Piedrahita que en Belmonte. Esta diferencia parece afectar también a segundas nupcias, ya que en Piedrahita casi el 13% de los matrimonios eran segundas nupcias para al menos uno de los novios, frente a Belmonte, donde el peso de este tipo de enlace afectaba al 10,5% de los casos. Por otra parte, la mayor incidencia de matrimonios no-locales indica que el mercado matrimonial en Piedrahita implicaba personas jóvenes y mayores, viudas y viudos, y personas de fuera de la ciudad mucho más que en Belmonte¹¹. A pesar de que el matrimonio era casi universal en

11. Un matrimonio local es uno en el que ambos esposos provienen de la localidad donde se casan. Todos los matrimonios con al menos un esposo de fuera se consideran uniones no-locales.

Figura 1: Edad al matrimonio en Belmonte (todos los matrimonios)

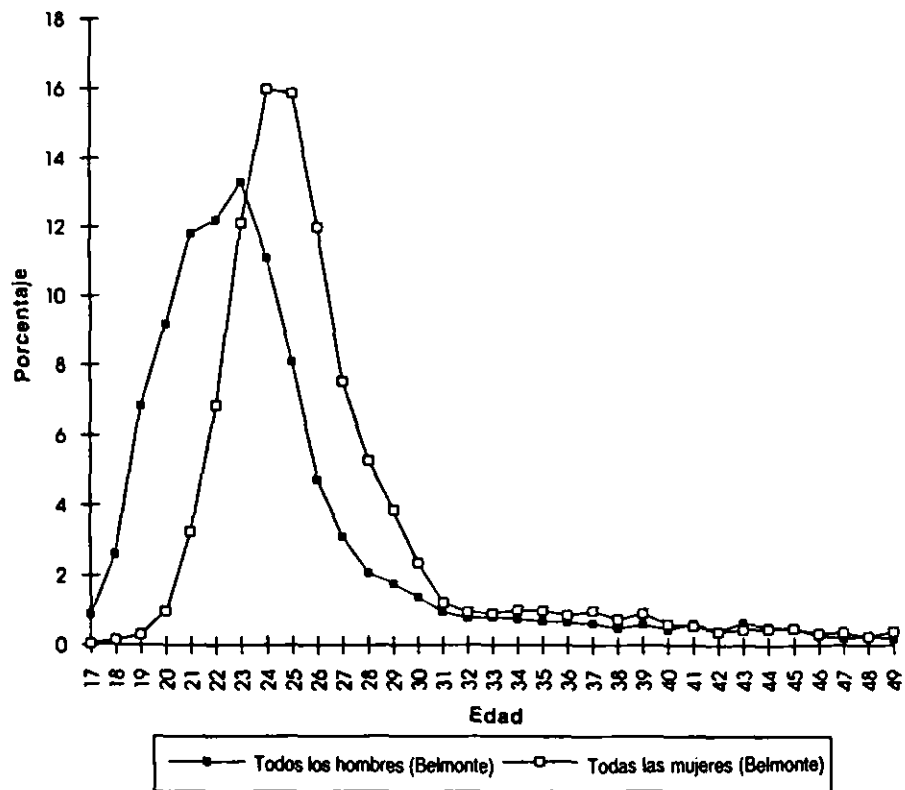


Figura 2: Edad al primer matrimonio en Belmonte

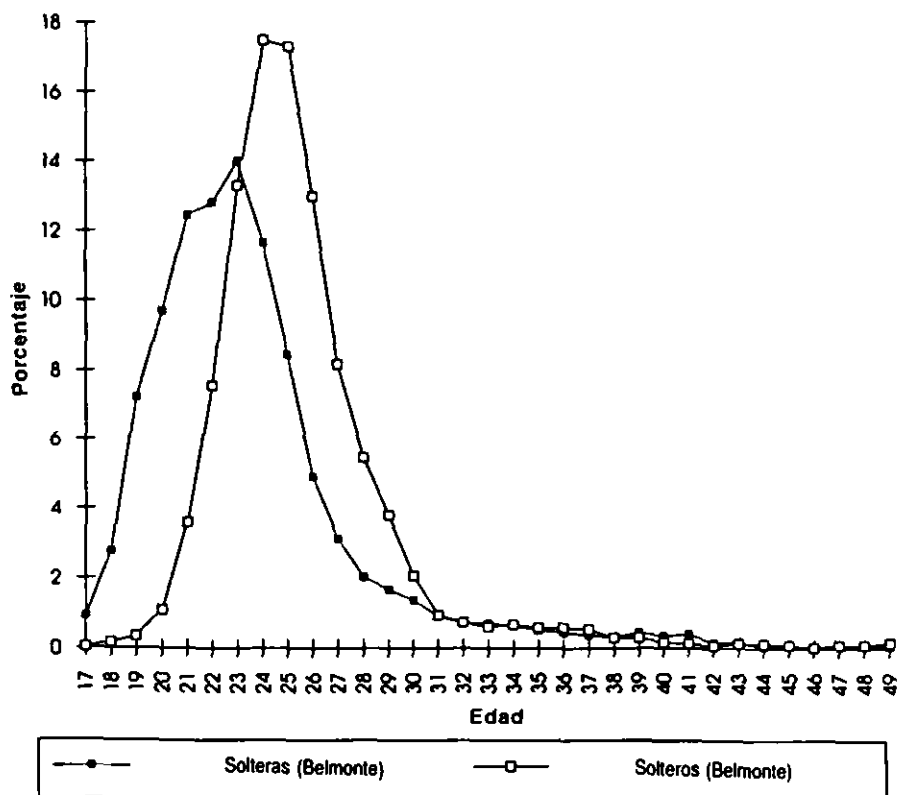


Figura 3: Edad al matrimonio en Piedrahita (todos los matrimonios)

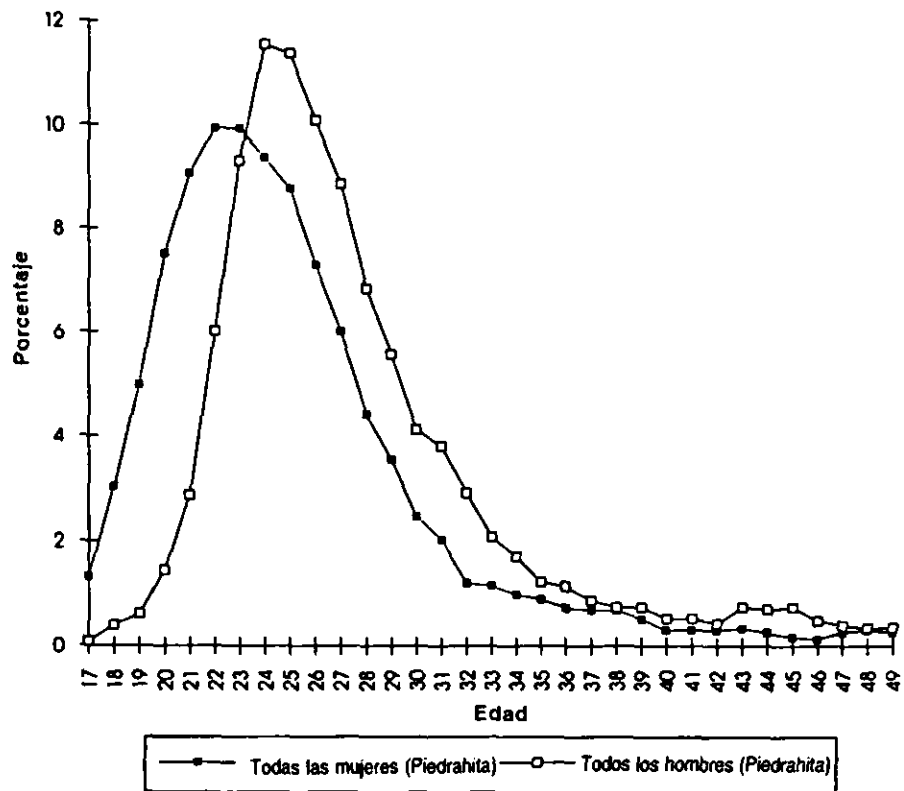


Figura 4: Edad al primer matrimonio en Piedrahita

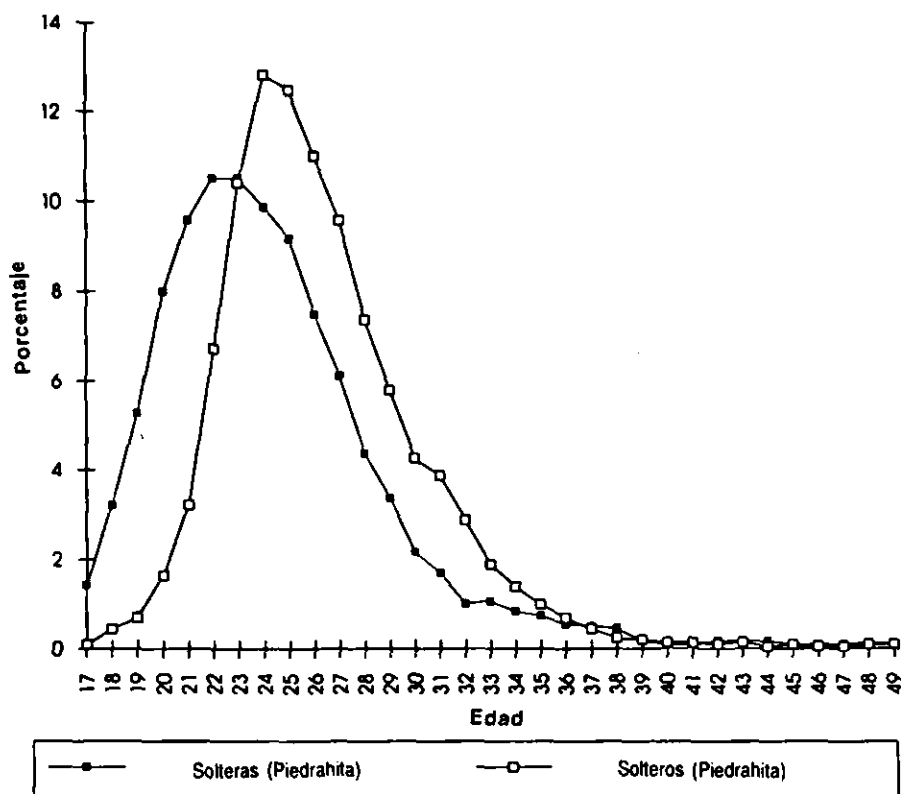


Figura 5: Edad al primer matrimonio de los varones en Belmonte y Piedrahita

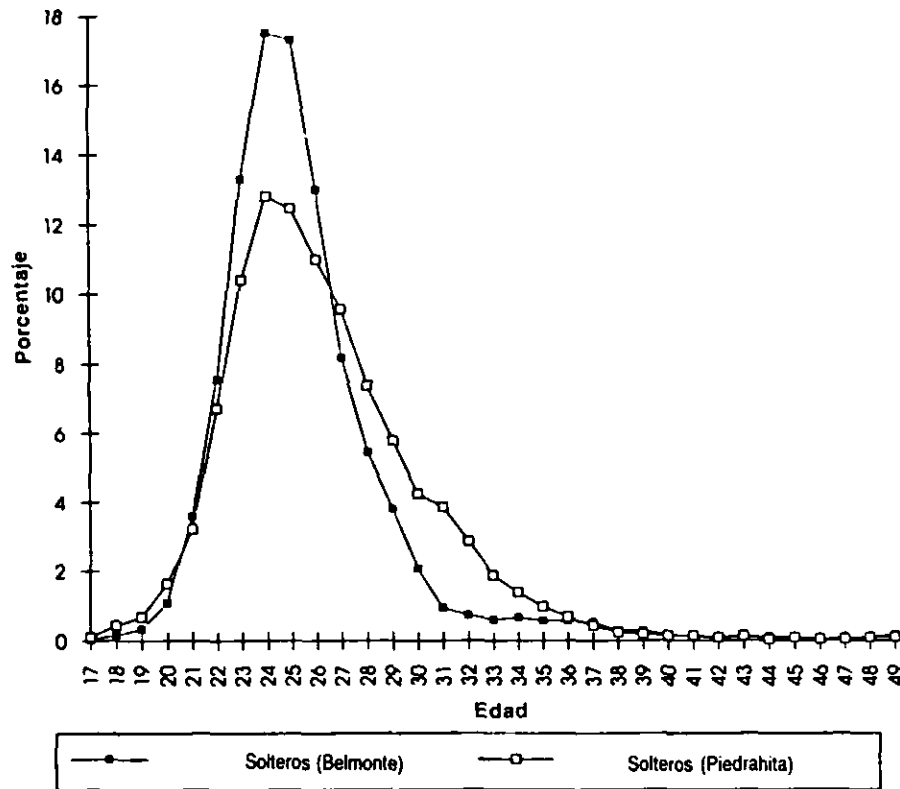
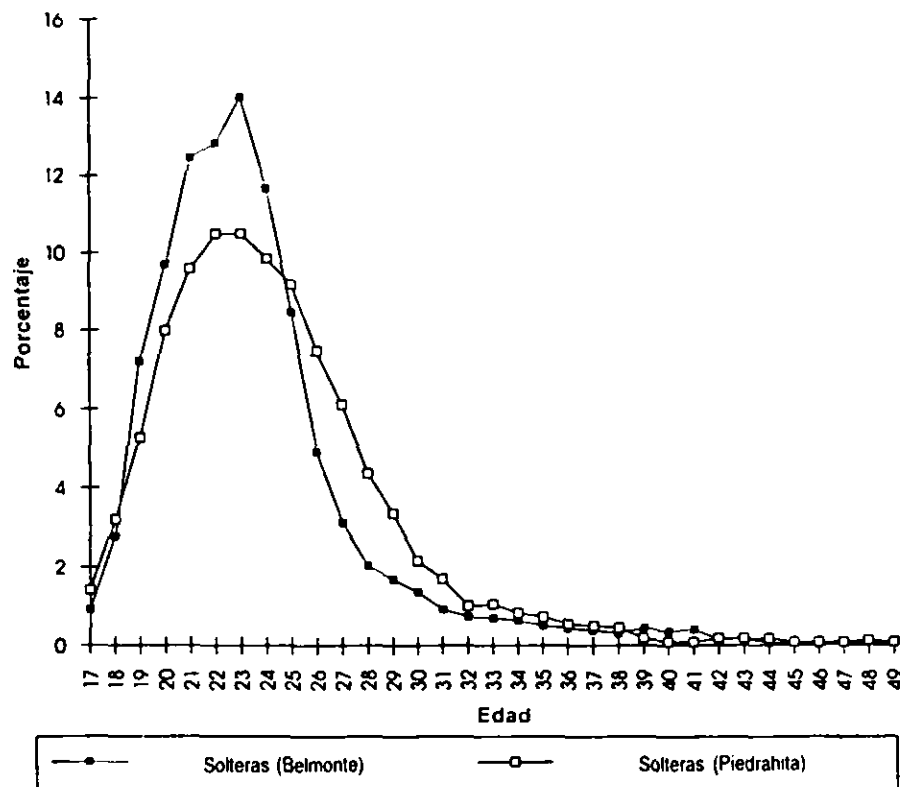


Figura 6: Edad al primer matrimonio de las mujeres en Belmonte y Piedrahita



ambas ciudades, sus mercados matrimoniales respectivos funcionaban según normas diferentes¹².

Si se analizan las pautas nupciales por categoría ocupacional, los resultados son aún más heterogéneos¹³. En aras de la máxima claridad, se ha optado por una clasificación por oficios muy general que divide la población por sectores de actividad económica y, dentro del sector primario, según el acceso o no a la tierra¹⁴. La edad al casarse sólo difería marginalmente para mujeres, pero significativamente para hombres (tabla 3). Era más alta entre los grupos privilegiados de la sociedad, y más baja entre los artesanos.

Tabla 3: Datos nupciales por grupo ocupacional (Piedrahita)

	Labradores	Jornaleros	Artesanos / empleados	Servicios / privilegio
Todos los matrimonios:				
Edad (varones)	27,9 (5,3)	27,2 (5,0)	26,5 (5,2)	29,4 (7,0)
Edad (mujeres)	24,9 (4,8)	24,8 (4,4)	24,3 (4,7)	24,7 (6,0)
Diferencia de edad	3,1 (5,2)	2,4 (4,9)	2,2 (4,7)	4,7 (6,1)
Primeras nupcias:				
Edad (varones)	27,1 (4,2)	26,1 (3,7)	25,4 (3,7)	26,8 (4,3)
Edad (mujeres)	24,1 (4,0)	24,2 (3,8)	23,4 (3,7)	23,2 (4,6)
Diferencia de edad	3,0	2,0	2,0	3,6
% matrimonios				
soltero-soltera	91	88	88	78
soltero-viuda	2	2	3	4
viudo-soltera	6	7	8	14
viudo-viuda	2	4	2	4
% matrimonios locales	45,5	37,0	62,0	48,8
Número de matrimonios	200	200	226	129

Nota: los grupos ocupacionales se refieren a varones y tienen la siguiente estructura: "Labradores: se refiere varones que tienen acceso a la tierra, bien por propiedad, bien por arriendo. "Jornaleros" son varones que trabajan las tierras de otros; esta categoría incluye pastores y también sirvientes rurales, la mayoría de los cuales están dedicados a actividades agrícolas. "Artesanos/empleados" se refiere a trabajadores del sector secundario, tanto asalariados o como trabajadores autónomos; esta categoría incluye ocupaciones como zapatero, tejedor, mecánico, etc. La última categoría, que se llama "Servicios/privilegio", se refiere a aquellos varones que trabajan en oficios que exigen algún tipo de educación formal, comerciantes locales y personas que pertenecen a la élite hacendada local; incluye, por ejemplo, policías, mercaderes, comerciantes, maestros, empleados públicos y adinerados.

Nota: sólo se incluyen matrimonios de personas menores de 50 años de edad.

Nota: desviación estándar entre paréntesis.

12. El celibato definitivo para los partidos judiciales de Piedrahita y de Belmonte en 1887 se resume en la siguiente tabla:

	Varones	Mujeres
Piedrahita	4,0	2,6
Belmonte	4,4	4,9

13. En este caso, nos vemos obligados a utilizar tan sólo los registros de Piedrahita.

14. Véase la tabla 3 para una explicación pormenorizada de esta clasificación.

Si se utilizan sólo datos de primeras nupcias, los labradores se destacan como los que se casaban más tarde, seguidos de cerca por los miembros del sector servicios. Las pautas de nupcialidad más tardía entre los miembros de los grupos de servicios y de cierta influencia económica han aparecido en otros contextos urbanos y rurales, y parecen indicar una relación positiva generalizada entre estatus económico y edad al casarse (Reher, 1988: 87-89).

Estas diferencias se ven con más claridad en las figuras 7 y 8, que contienen las frecuencias matrimoniales de varones agrupados por oficios. Basándonos en las primeras nupcias, se pueden divisar dos o tres patrones distintos. Ningún grupo mostraba frecuencias significativas antes de los 20 años, aunque eran algo superiores entre las ocupaciones de servicios. Pasados los 20 años de edad, los artesanos, seguidos por los jornaleros, alcanzaban antes las frecuencias más elevadas, con una edad modal al matrimonio de 24 años para artesanos y 25 para jornaleros. Después caían las frecuencias rápidamente, sobre todo para los artesanos. Entre los labradores y las personas pertenecientes al sector servicios no se alcanzaba la edad modal al matrimonio hasta los 27 años, y, lo que tal vez sea más importante, las edades de matrimonio más intensas duraban cinco años o más, frente a los artesanos y los jornaleros, en los que sólo duraban tres. Además, el declive entre estos dos grupos era mucho más gradual. A los 34 años de edad, por ejemplo, las frecuencias matrimoniales de los labradores y del sector servicios eran el doble que para los otros grupos. Es interesante notar que después de los 36 años de edad los varones del sector servicios y los grupos pudientes de la sociedad mostraban las frecuencias matrimoniales más elevadas. Si, por el contrario, sólo se utilizan las primeras nupcias, muchas de las diferencias entre el sector servicios y los labradores desaparecen. Para ambos las edades óptimas para el matrimonio duraban casi 10 años (22-32), pero para los artesanos sólo abarcaban desde los 21 hasta los 29 años de edad. También se pueden observar frecuencias de primeras nupcias relativamente altas entre los grupos privilegiados mayores (35-39 años).

Las diferencias de edad entre los esposos eran mucho mayores entre los labradores y las personas que trabajaban en el sector servicios. Si se incluyen todos los matrimonios, la diferencia de edad en matrimonios de hombres pertenecientes al sector servicios era más del doble que para los artesanos y los jornaleros. Una de las claves de estas diferencias reside en la prevalencia de las segundas nupcias, que en el sector servicios era mucho mayor tanto para hombres como para mujeres. Puesto que es poco probable que este grupo tuviera una mortalidad adulta superior, las segundas nupcias indican que entre ellos el valor en el mercado matrimonial estaba menos sujeto a cuestiones de reproducción que entre otros grupos sociales. La menor incidencia de segundas nupcias entre labradores también indica un vínculo posible entre tenencia de tierra y reproducción en el marco del mercado matrimonial.

Figura 7: Edad al matrimonio de los varones por categoría ocupacional en Piedrahita (todos los matrimonios)

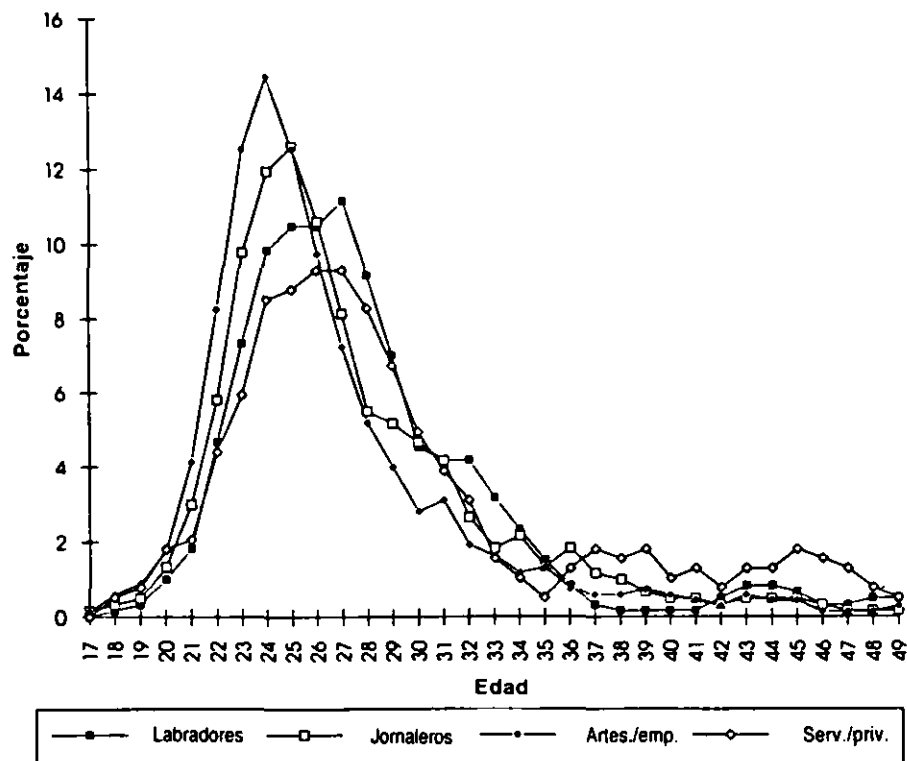
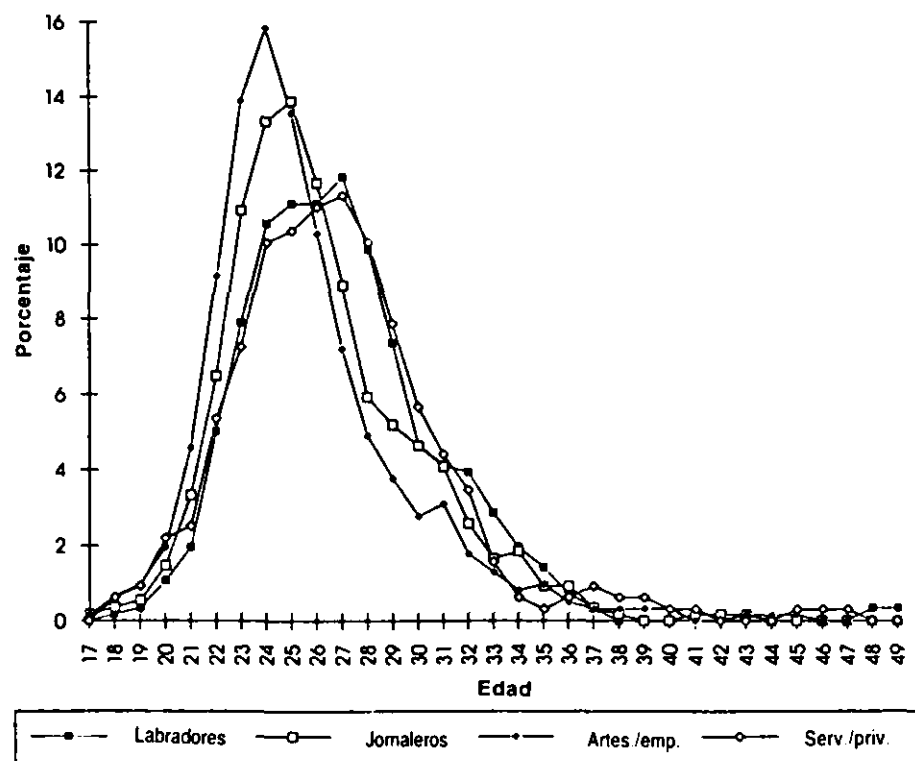


Figura 8: Edad al matrimonio de los varones por categoría ocupacional en Piedrahita (primeras nupcias)



Si se introduce el lugar de residencia en nuestro análisis aparecen algunas regularidades interesantes que tienden a confirmar buena parte de lo que se ha postulado antes. La edad al casarse era algo superior entre los matrimonios no-locales tanto en Piedrahita como en Belmonte, y la diferencia de edad entre esposos era mayor (tabla 4). Esto, sin embargo, no corresponde por igual a todos los grupos ocupacionales. Para labradores, la edad al primer matrimonio era más baja para ambos sexos en los matrimonios no-locales, mientras que para el sector servicios las edades para ambos sexos eran muy superiores. De hecho, si sólo utilizamos primeras nupcias celebradas entre personas originarias del pueblo, los labradores tenían con diferencia la edad al casarse más alta tanto para hombres como para mujeres, frente al sector servicios, donde la edad al casarse para mujeres era la más baja. Las diferencias de edad eran siempre más elevadas en este último grupo en cualquier tipo de matrimonio.

Tabla 4: Edad al primer matrimonio por categoría ocupacional (Piedrahita) y origen de los novios

	Belmonte	Piedrahita				
	Total	Total	Labradores	Jornaleros	Artesanos/ empleados	Servicios/ privilegio
Matrimonios locales:						
Edad (varones)	25,2 (3,1)	26,0 (4,1)	27,8 (5,2)	25,5 (3,7)	25,2 (3,2)	25,7 (3,7)
Edad (mujeres)	22,9 (3,3)	23,7 (4,1)	24,7 (4,1)	24,1 (4,2)	23,3 (3,8)	22,6 (4,5)
Diferencia de edad	2,3	2,3	3,1	1,4	1,9	3,1
Matrimonios no-locales						
Edad (varones)	26,1 (4,0)	26,5 (3,8)	26,4 (3,1)	26,5 (3,6)	25,6 (4,3)	27,9 (4,6)
Edad (mujeres)	23,2 (3,9)	23,8 (3,8)	23,6 (3,8)	24,2 (3,5)	23,6 (3,5)	23,8 (4,7)
Diferencia de edad	2,9	2,7	2,8	2,3	2,0	4,1

Nota: sólo se incluyen matrimonios entre solteros de personas menores de 50 años de edad.

En Belmonte casi el 75% de los matrimonios eran locales, frente a sólo el 50% en Piedrahita. Cuando la propensión a un matrimonio local se mide según grupo profesional, sorprendentemente los relacionados con la producción agrícola muestran la incidencia más baja de matrimonios locales. Los hombres de esos grupos, sin embargo, solían encontrar sus esposas en zonas cercanas, normalmente en los pueblos colindantes (tabla 5). Los matrimonios no-locales de artesanos implicaban parejas de zonas algo más lejanas, mientras que para las personas del sector servicios el mercado matrimonial era mucho más amplio que para cualquier otro grupo social. Para los que vivían de la tierra, la lógica de la producción económica y de la realidad social exigía que las uniones no-locales lo fueran entre gente que vivía cerca. Los artesanos gozaban de una mayor movilidad profesional, ya que básicamente vendían lo que sabían y no el producto de la tierra que trabajaban. El sector servicios era un grupo muy heterogéneo e incluía tanto a las élites locales como a miembros

de la administración pública (policías, maestros, notarios, etc.). Los datos que tenemos para este grupo indican que entre ellos había dos tipos distintos de comportamiento ante el matrimonio: uno local y joven, y otro mucho mayor basado en enlaces con personas de zonas mucho más lejanas.

Tabla 5: Distancia entre el origen de los esposos en matrimonios no-locales según categoría ocupacional

	Distancia en km.			Número
	Media	Desviación est.	Mediana	
Piedrahita: Total	38,0	113,3	7	387
Labradores	12,2	43,1	5	109
Jornaleros	12,4	28,5	5	126
Artisanos/empleados	32,5	62,8	9,5	86
Servicios/privilegiados	136,6	232,7	53,5	66
Belmonte: Total	55,3	72,4	30	277

Nota: incluye todos los matrimonios no-locales de novios de 50 años de edad o menos.

Nota: en Belmonte no hemos incluido los cuatro casos en los que la distancia sobrepasaba los 600 km. La distancia máxima excedía los 5.000 km.

En las tablas 6 y 7 se intenta mostrar cómo la edad de las personas, y por tanto su posición en el mercado matrimonial, afectaba el tipo de uniones que formaban. A fin de aproximar distintas posiciones en el mercado, los individuos que se casaban con menos de 50 años de edad se han dividido en tres grupos de tamaño similar. El primero comprende a los que se casaban medianamente jóvenes, y el último a los que se casaban relativamente tarde. La medida en la que las personas competían en el mercado de forma diferencial según su edad debería verse en las pautas nupciales de estos tres grupos. Los resultados son llamativos. A medida que los hombres se hacían mayores, la edad de sus esposas se elevaba, así como la diferencia de edad entre ambos. Para las mujeres era justo lo contrario. Las diferencias de edad eran mayores cuando eran jóvenes, y muy reducidas entre las que se casaban tarde. El mercado funcionaba de manera que mientras todo el mundo perdía atractivo al hacerse mayor, a las mujeres les sucedía con un ritmo más rápido que a los hombres. Los hombres estaban en condiciones de acercarse a mujeres en edades óptimas más tiempo que las mujeres a los hombres. Si ellas se casaban tarde estaban obligadas a hacerlo con hombres que igualmente se casaban tarde.

Por regla general, los hombres se casaban con mujeres entre 2 y 3 años menores que ellos. Este hecho sólo variaba cuando los hombres eran relativamente jóvenes o las mujeres relativamente mayores. Durante las edades óptimas para el matrimonio para ambos sexos, los hombres eran siempre mayores que las mujeres. En todos los casos el peso de segundas nupcias aumentaba según se hacían mayores las personas, aunque para las mujeres el peso de las primeras nupcias era mayor que para los hombres. Esto indica que las viu-

das tenían muchas menos oportunidades para casarse que los viudos, y que éstas estaban inversamente relacionadas con su edad.

Antes se afirmaba que encontrar un esposo o esposa en el pueblo era mejor que encontrarlo en otra parte, y que la capacidad de la gente para elegir el emparejamiento más deseable era al menos en parte función de su posición en el mercado matrimonial. Al aumentar la edad, las personas se veían obligadas a encontrar sus parejas en zonas cada vez más lejanas si es que pretendían casarse siquiera. Esa parece ser la dinámica de los hechos, a tenor de los datos aquí presentados. Tanto en Belmonte como en Piedrahita el peso de matrimonios locales disminuía con la edad al casarse y, en el caso de Piedrahita, la distancia que separaba la residencia de los esposos en uniones no-locales era menor para aquellos enlaces durante las edades óptimas, y mayor para aquellas parejas relativamente mayores¹⁵. Si bien se requieren más investigaciones al respecto, estos datos tienden a confirmar que el origen de la novia, por ejemplo, dependía en buena medida de la edad y del oficio del novio.

Tabla 6: Nupcialidad según posición en el mercado matrimonial (Piedrahita)

Edad varon contrayente:	< 25	25 - 27	28 - 50
Edad (varones)	22,9 (1,3)	25,9 (0,8)	33,1 (5,7)
Edad (mujeres)	22,7 (3,5)	23,8 (3,6)	27,1 (6,1)
Diferencia de edad	0,14	2,07	6,00
Porcentaje de primeras nupcias	100,0	97,4	73,7
Porcentaje de matrimonios locales	55,3	46,3	44,8
Distancia para matrimonios no-locales:			
- media	37,3 (87,5)	27,0 (88,5)	47,0 (142,0)
- mediana	6,5	6,0	7,0
Esposas mayores: - porcentaje	36,6	17,9	10,3
- diferencia de edad	3,2	3,6	4,1
Número	246	229	281
Edad mujer contrayente:	< 22	22 - 25	26 - 50
Edad (varones)	25,1 (3,5)	27,0 (5,5)	31,9 (9,0)
Edad (mujeres)	19,8 (1,3)	23,4 (1,1)	30,4 (5,3)
Diferencia de edad	5,3	3,6	1,5
Porcentaje de primeras nupcias	100,0	99,0	84,4
Porcentaje de matrimonios locales	51,7	47,8	47,0
Distancia para matrimonios no-locales:			
- media	38,3 (94,1)	25,1 (56,2)	50,3 (158,3)
- mediana	7,0	7,0	7,0
Esposas mayores: - porcentaje	1,5	14,5	41,9
- diferencia de edad	1,0	1,8	4,1
Número	205	297	270

15. Este último punto sólo se confirma con los datos de Piedrahita.

Tabla 7: Nupcialidad según posición en el mercado matrimonial (Belmonte)

Edad varón contrayente:	< 25	25 - 26	27 - 50
Edad (varones)	23,8 (1,1)	25,4 (0,5)	32,5 (6,3)
Edad (mujeres)	22,0 (3,4)	23,3 (3,2)	27,6 (7,2)
Diferencia de edad	1,1	2,1	4,8
Porcentaje de primeras nupcias	99,5	98,5	71,4
Porcentaje de matrimonios locales	81,1	74,6	64,3
Distancia para matrimonios no-locales:			
- media	44 (55,2)	68,1 (95,6)	52,9 (62,3)
- mediana	30	30	30
Esposas mayores: - porcentaje	13,8	10,5	12,8
- diferencia de edad	4,1	3,6	4,3
Número	428	323	336

Edad mujer contrayente:	< 22	22 - 25	26 - 50
Edad (varones)	24,4 (2,7)	25,4 (3,5)	32,7 (9,7)
Edad (mujeres)	19,9 (1,0)	23,0 (0,8)	30,7 (6,5)
Diferencia de edad	4,5	2,4	2,0
Porcentaje de primeras nupcias	100,0	99,8	82,8
Porcentaje de matrimonios locales	73,7	78,5	66,8
Distancia para matrimonios no-locales:			
- media	62,1 (34,6)	56,7 (72,4)	51,9 (61,6)
- mediana	30,0	30,0	30,0
Esposas mayores: - porcentaje	0,0	5,7	32,3
- diferencia de edad	0,0	1,8	4,0
Número	334	442	331

Nota: en Belmonte no hemos incluido los cuatro casos en los que la distancia sobrepasaba los 600 km. La distancia máxima excedía los 5.000 km.

A pesar de que las frecuencias matrimoniales eran bajas por regla general para las mujeres por encima de los 29-30 años de edad y para los hombres mayores de 34-35, matrimonios entre personas mayores existían; tal vez bastante más de lo que se podría pensar. A fin de aproximarnos de forma más nítida a los comportamientos nupciales de este grupo de edad, en las tablas 8 y 9 sólo se han incluido datos para personas que se casaban con más de 40 años de edad¹⁶. Para este sector de la población la función demográfica del matrimonio eran inexistente entre las mujeres y muy disminuida entre los varones. Las consideraciones económicas seguían siendo importantes, sobre todo para personas que gozaban de cierto bienestar económico, al igual que el intento de reagrupar familias de matrimonios anteriores. Es razonable suponer que muy pocos de estos matrimonios implicaban a personas solteras.

16. Aquí no se ha respetado el límite de edad de 50 años existente en las anteriores tablas.

Tabla 8: Matrimonios de personas mayores de 40 años (Piedrahita)

Edades:	Varón > 40	Mujer > 40	Ambos > 40
Porcentaje del total de matrimonios	8,7	3,7	3,3
Edad (varones)	49,2 (7,7)	50,1 (10,9)	52,3 (8,3)
Edad (mujeres)	36,2 (10,8)	47,5 (5,9)	47,9 (6,1)
Diferencia de edad	12,9 (9,9)	2,6 (9,0)	4,7 (6,6)
Esposas mayores: - porcentaje	5,9	24,1	15,4
- diferencia de edad	2,5	8,2	2,5
Porcentaje de matrimonios locales	44,0	41,0	38,5
Distancia para matrimonios no-locales:			
- media	61 (119,0)	43 (81,8)	45 (84,0)
- mediana	12	13	12,5
Porcentaje de primeras nupcias:			
- varón	11,8	13,8	3,8
- mujer	63,2	38,0	34,6
- ambos	10,3	10,3	3,8
Porcentaje de matrimonios:			
- labradores	9,1		
- jornaleros	6,8		
- artesanos/empleados	6,9		
- servicios/privilegiados	14,5		
% personas > 50 años: - varón	3,2		
- mujer	1,0		
- ambos	0,9		

Tabla 9: Matrimonios de personas mayores de 40 años (Belmonte)

Edades:	Varón > 40	Mujer > 40	Ambos > 40
Porcentaje del total de matrimonios	8,0	5,8	4,7
Edad (varones)	49,4 (7,2)	48,0 (10,5)	51,8 (7,0)
Edad (mujeres)	40,3 (9,7)	46,5 (6,3)	46,8 (6,2)
Diferencia de edad	9,1 (8,9)	1,5 (10,9)	5,0 (7,0)
Esposas mayores: - porcentaje	12,2	35,4	20,8
- diferencia de edad	3,6	9,0	3,6
Porcentaje de matrimonios locales	57,8	60,0	58,5
Distancia para matrimonios no-locales:			
- media	30,0 (32,0)	78,5 (38,0)	38,0 (39,8)
- mediana	20	30	30
Porcentaje de primeras nupcias:			
- varón	20,0	24,6	17,0
- mujer	46,7	33,8	30,2
- ambos	13,3	12,3	1,9
% personas > 50 años: - varón	3,7		
- mujer	1,3		
- ambos	1,2		

Sin embargo, los datos dan a entender que varias de estas ideas son erróneas (tablas 8 y 9). Matrimonios entre personas mayores eran mucho más numerosos de lo que se sospechaba. Tanto en Belmonte como en Piedrahita, entre el 8 y 9% de todos los matrimonios implicaban a hombres mayores de 40 años de edad, y entre el 3 y 6% a mujeres. Además, en una proporción no despreciable ambos novios tenían más de 40 años, y en un sorprendente 3-4% de los matrimonios los varones eran mayores de 50 años de edad.

En este terreno de nuevo hay indicios de que el mercado matrimonial beneficiaba más a los hombres que a las mujeres. Para empezar, estaban mejor situados para buscar pareja en los grupos de edad más "deseables". Las esposas de varones mayores de 40 años de edad tenían entre 36 y 40 años, y las diferencias de edad excedían los 10 años en la mayoría de los casos¹⁷. Muy pocos hombres de estas edades se casaban con mujeres mayores que ellos. Para mujeres mayores, por el contrario, las diferencias de edad eran pequeñas y casi la cuarta parte de las mujeres eran mayores que sus esposos. Los hombres mayores aún podían aspirar a casarse con una soltera, frente a las viudas, que invariablemente se casaban con viudos. No obstante, en aquellos matrimonios en los que ambos tenían más de 40 años de edad era muy infrecuente que fuesen primeras nupcias para ambos. La posibilidad de casarse a una edad avanzada difería marcadamente por ocupación y probablemente también por nivel económico. La incidencia de matrimonios entre personas mayores es más que el doble para hombres en el sector servicios que para jornaleros y labradores.

Las segundas nupcias desempeñaban un papel demográfico, social y económico fundamental en las sociedades rurales. Eran factor clave para la flexibilidad del mercado matrimonial y facilitaban el matrimonio para aquellas personas que habían sido víctimas de una lotería demográfica impuesta por la mortalidad adulta¹⁸. El acceso al mercado de las segundas nupcias era mucho más restringido para mujeres que para hombres, ya que seguía habiendo solteras disponibles que se habían quedado sin casar en lo que podría denominarse como la primera vuelta nupcial (Corsini, 1981). A las solteras se las consideraba normalmente preferibles a las viudas, que en general gozaban de pocas posibilidades para las segundas nupcias. En todas las edades las solteras parecían gozar de mayores ventajas que las viudas a ojos de los hombres en busca de pareja. Si bien es cierto que salvo en raras circunstancias los viudos eran también menos atractivos que los solteros, sus posibilidades de casarse eran muy superiores a las de las viudas. De esta forma una mortalidad adulta superior entre los hombres y un mercado matrimonial adverso para las mujeres dieron

17. Para una comparación con Gran Bretaña durante el siglo XIX, véase Drake, 1981.

18. Para más información acerca del papel de las segundas nupcias de cara a la recuperación de la fecundidad perdida, véase Wrigley y Schofield, 1981; J. Smith, 1981. Para ejemplos de la incidencia de las segundas nupcias en otras sociedades europeas, véase Akerman, 1981; Cabourdin, 1981; Imhof, 1981, y Livi-Bacci, 1981.

lugar a una sociedad en la que la presencia de viudas a edades tardías era muy superior a la de viudos.

Las segundas nupcias también afectaban el mercado matrimonial de los solteros y una proporción significativa de segundas nupcias emparejaba viudos y solteras. Se ha dicho que a ciertas edades los viudos llegaban a competir con solteros para las novias disponibles (Le Bras, 1981). De hecho, esta competición era probablemente más aparente que real, ya que mientras la edad al casarse del conjunto de solteras estaba en torno a los 23 años, la edad al casarse de las solteras con viudos era mucho mayor (28,5 en ambas localidades). De todo esto se desprende que las solteras sólo se casaban con viudos cuando la disminución de su valor en el mercado les obligaba a ello. A los 27 ó 28 años de edad una mujer ya no podía esperar mucho más para encontrar un marido que le diera una familia, así que el enlace con un viudo era mejor que nada. De no haber sido por los matrimonios con viudos, los niveles de celibato definitivo en ambas localidades hubieran sido mucho mayores.

Es preciso insistir en que el mercado matrimonial de las segundas nupcias funcionaba así debido más que nada a las diferencias de edad en primeras nupcias, cuando los hombres se casaban con mujeres 2 ó 3 años menores que ellos, y a unas corrientes emigratorias predominantemente masculinas. La consecuencia era que bajo circunstancias demográficas normales, no había hombres suficientes para casarse con todas las mujeres disponibles. Ello permitía a los viudos encontrar sus nuevas esposas entre las solteras relativamente mayores, facilitando así niveles inferiores de celibato femenino y tasas de formación de hogar superiores. Como subproducto de esta dinámica se encuentran diferencias de edad en los enlaces entre solteras y viudos muy superiores (entre 6,5 y 8,5 años) a las vigentes en las nupcias entre solteros. De no haber funcionado las segundas nupcias de esta manera, el mercado matrimonial hubiera sido mucho más disfuncional. Peor parados salían los que habían perdido a su pareja en la lotería demográfica y después eran incapaces de recomponer sus hogares. Aquí, las viudas y los ancianos de ambos sexos eran particularmente vulnerables.

Algunas conclusiones

Utilizar datos de nupcialidad diferencial para deducir distintos aspectos del funcionamiento de los mercados matrimoniales es un método plagado de problemas, aunque en este caso nos ha permitido vislumbrar algunos de sus mecanismos. Mientras algunos de los aspectos descritos pueden ser característicos tan sólo de Belmonte o de Piedrahita, la complejidad del mercado era sin duda general en las sociedades pre-industriales. La oferta se encontraba con la demanda en el mercado, y ambas eran heterogéneas. Los mercados matrimo-

niales eran peculiares, sobre todo porque cada competidor era simultáneamente comprador y vendedor, oferta y demanda en la ecuación matrimonial. Las expectativas de la gente, al igual que su valor en el mercado, variaban con la edad, el sexo, el estado civil y el origen. Puesto que la meta para todos era casarse y puesto que el valor de las personas en el mercado no era constante a lo largo de sus vidas, se les animaba o, mejor, obligaba a tener expectativas flexibles. Todo conformaba un mercado relativamente eficaz, donde bastantes pocos quedaban fuera.

El mercado estaba condicionado por factores que trascendían el terreno de las tomas de decisión de las personas. La oferta de un sexo o la falta de otro era de suma importancia. Durante el período que estamos estudiando en la mayor parte de España esto significaba que faltaban hombres¹⁹. También había condicionantes demográficos, sobre todo en aquellos contextos históricos en los que el propósito central del matrimonio era garantizar la reproducción de la sociedad, y donde niveles elevados de mortalidad convertían a la fecundidad elevada en la única opción razonable. La estructura social y económica de una localidad determinada, la existencia o no de patrones neolocales de formación de hogares, o la divisibilidad o no de las herencias eran todos factores de mucha importancia. También consideraciones culturales condicionaban el mercado en su conjunto. El hecho de que en Belmonte y en Piedrahita los hombres tenían que ser mayores que sus esposas era, en parte, una norma que hundía sus raíces en las creencias de la gente acerca de las edades apropiadas para el matrimonio. Los jóvenes sabían cuándo empezaban las edades de cortejo y noviazgo (el mercado matrimonial), y cuando terminaban, y que el matrimonio implicaba hombres mayores que sus esposas. Naturalmente, había excepciones a estas normas, pero para la inmensa mayoría de las parejas el matrimonio tenía que ser así.

El mercado matrimonial tenía dos mecanismos estructurales que facilitaban su flexibilidad. La práctica común de contraer segundas nupcias era uno de ellos. Permitía a los viudos acudir a la oferta de solteras mayores, y permitía a muchas personas recomponer familias que habían sido rotas por la mortalidad adulta. De lo contrario habrían sido víctimas de lo que se ha dado en llamar el "nuclear hardship hypothesis" (Laslett, 1988; Smith, 1988).²⁰ De no haber sido por las segundas nupcias, la fecundidad de la sociedad en su conjunto habría sido menor, el celibato definitivo mayor y mayor el número de personas viviendo solas también.

19. En las localidades aquí estudiadas, el número de mujeres era algo mayor que el de hombres. En 1887 la razón de masculinidad en las edades casaderas (21-30) era 87 en el partido judicial de Piedrahita y de 93 en Belmonte (Reher et al., 1993).

20. Este concepto se refiere al hecho de que se suelen sentir más los efectos adversos de la lotería demográfica en aquellas zonas donde predominan familias nucleares.

El otro elemento de flexibilidad en el mercado era espacial, y se basaba en el hecho de que el mercado matrimonial trascendía la localidad en cuestión. Las dimensiones geográficas del mercado diferían según edad, sexo y posición social y económica, pero eran reales para todos. En situaciones en las que encontrar pareja fuera de la localidad era práctica común, resultaba mucho más fácil que la oferta y la demanda se ajustasen adecuadamente. De esa forma, el mercado funcionaba bien. Para todos encontrar esposo localmente era preferible, pero no siempre posible. Para ciertos grupos sociales las dimensiones del mercado eran más amplias que para otros, pero trascender la elección estrictamente local era una estrategia alterna accesible a todos.

Una y otra vez los hombres parecían gozar de una posición de cierto privilegio frente a las mujeres en el mercado. Cuando era posible ver cuestiones de elección personal, los hombres estaban siempre en una situación relativamente más ventajosa que las mujeres. Los hombres, por ejemplo, podían acceder a segundas nupcias de forma más fácil, viudos podían casarse con solteras, las edades casaderas de los hombres eran más amplias que las de las mujeres, etc. Básicamente se debía a que razones demográficas, migratorias y culturales determinaban un número menor de hombres que de mujeres en el mercado matrimonial. En esto, la diferencia de edad entre los esposos era un factor clave. Dentro de una sociedad en la que la reproducción demográfica implicaba mantener niveles elevados de fecundidad, mujeres por encima de una cierta edad dejaban de tener valor de cara al matrimonio. Los hombres, por el contrario, no podían casarse hasta que se hubieran establecido económicamente, y ello tenía lugar a una edad ya relativamente mayor. Es decir, las mujeres estaban en condiciones de casarse demográficamente antes de que los hombres lo estuvieran económicamente. En consecuencia había mujeres en relativa abundancia para el mercado matrimonial; la oferta de mujeres superaba la demanda para ellas. Afortunadamente para todos, al menos en las dos localidades que se han examinado, existían mecanismos de compensación que tendían a facilitar el matrimonio para casi todo el mundo. De esa forma, la aparente desventaja de mujeres no terminaba alterando apreciablemente sus posibilidades de éxito en el mercado matrimonial. Esto, sin embargo, no era necesariamente el caso en otros mercados, en especial los afectados por un desequilibrio pronunciado de un sexo o de otro.

La edad era factor clave a la hora de determinar la posición de una persona en este singular mercado. A edades muy jóvenes las personas podían permitirse el lujo de ser exigentes, y se quedaban con esposos de alto valor encontrados localmente. Según se iban haciendo mayores, las estrategias se hacían más flexibles: las diferencias de edad cambiaban y se tendía a elegir esposos de edades menos ideales, a distancias cada vez mayores y a menudo se contentaban con viudas o viudos. Nada de esto impedía que se casara la gente. Los niveles apreciables de segundas nupcias y de nupcias entre personas mayores de 40 e in-

cluso 50 años de edad son prueba convincente de que el matrimonio seguía siendo posible y deseable cuando ya no tenía ningún sentido demográfico. La pareja más anciana de la muestra estudiada la componían un viudo hacendado de 76 años de La Nava de Béjar en Salamanca y una soltera de 48 años de Piedrahita. Los matrimonios de personas ancianas, no obstante, eran excepcionales y por regla general la posibilidad de matrimonio disminuía bruscamente con la edad para todo el mundo, y con especial rapidez para las mujeres.

Los factores económicos conformaban un mercado matrimonial segmentado. Cada grupo social y económico tenía su propio plan para el matrimonio y participaba en el mercado según sus propias expectativas. Como resultado, se pueden encontrar patrones diversos de nupcialidad dentro de un solo contexto cultural. Los dos grupos cuyo interés en la propiedad de la tierra y en las herencias era menor, y cuya madurez productiva llegaba a una edad inferior, eran los que se casaban a edades más jóvenes. Los labradores, para los que la herencia y el acceso a la tierra era crucial y cuya posición económica no solía decaer con la edad, terminaban casándose más tarde, a veces por encima de los 40 años. Las personas que trabajan la tierra se casaban relativamente poco con esposas de la misma localidad, pero frecuentemente con las de localidades cercanas. Los artesanos eran más móviles por definición, y tendían a encontrar sus esposas en pueblos bastante más lejanos que los jornaleros o los labradores. El comportamiento más divergente era el del grupo denominado "servicios/privilegiados" en este trabajo. Este grupo heterogéneo estaba compuesto por personas que tenían algún tipo de educación o por personas que pertenecían a la élite local. Sus componentes se casaban moderadamente tarde en primeras nupcias, tenían las proporciones mayores de segundas nupcias para ambos sexos, encontraban sus esposas a menudo a gran distancia y tenían con diferencia la proporción más elevada de matrimonios entre ancianos.

En todos estos casos el atractivo económico de un grupo determinado contribuía a marcar las dimensiones de su propio mercado matrimonial. Para aquellas personas cuya madurez económica empezaba pronto y tal vez terminaba pronto también, el matrimonio llegaba temprano, y raras veces tarde. Para los grupos como los labradores o el sector servicios o los acomodados, que podían ocupar posiciones de cierto privilegio económico y social, el matrimonio era más tardío porque acceder a una posición aceptable en el mercado estaba sujeto a la recepción de una herencia o a la consecución de una posición social determinada, y todo esto exigía un período de preparación básicamente incompatible con el matrimonio. Para este segmento de la población las edades casaderas comenzaban más tarde; pero duraban más que para cualquier otro grupo social. Cuando un hombre o una mujer tenía más de 35 años de edad, había poco que podía hacer para aumentar su valor en el mercado, a menos que tuviera dinero o prestigio. En ese caso, todo el mundo parecía estar de acuerdo en que la edad importaba bastante menos.

Bibliografía

- AKERMAN, S., 1981, "The importance of remarriage in the seventeenth and eighteenth centuries", en Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. (ed.), *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 163-176.
- CABOURDIN, G., 1981, "Le remariage en France sous l'Ancien Régime (seizième-dix-huitième siècles)", en Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 273-286.
- CABRÉ, A., 1993, "Volverán tórtolos y cigüeñas", en Garrido Medina, L. y Gil Calvo, E. (coord.), *Estrategias familiares*, Madrid, Alianza Ed., 113-131.
- CABRÉ, A., 1994, "Tensiones inminentes en los mercados matrimoniales", en Nadal, J. (coord.), *El mundo que viene*, Madrid, Alianza Ed., 32-60.
- COALE, A.J., 1971, "Age patterns of marriage", *Population Studies*, 25, 2, 193-214.
- CORSINI, C., 1981, "Why is remarriage a male affair? Some evidence from Tuscan villages during the eighteenth century", en Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. (ed.), *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 385-396.
- FERRER i ALÒS, L., 1993, "Fratelli al celibato, sorelle al matrimonio. La parte dei cadetti nella riproduzione sociale dei gruppi agiati in Catalogna (secoli XVIII-XIX)", *Quaderni Storici*, 83, XXVIII, 2, 527-554.
- HAJNAL, J., 1965, "European marriage patterns in perspective", en Glass, D.V. y Eversley, D.E.C., *Population in History*, London, Edward Arnold, 101-146.
- HAJNAL, J., 1982, "Two kinds of preindustrial household formation system", *Population and Development Review*, 8, 3, 449-494.
- HENRY, L., 1981, "Le fonctionnement du marché matrimonial", en Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. (ed.), *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 191-198.
- IMHOF, A.E., 1981, "Remarriage in rural populations and in urban middle and upper strata in Germany from the sixteenth to the twentieth century", en Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. (ed.), *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 335-346.
- LASLETT, P., 1988, "Family, kinship and collectivity as systems of support in pre-industrial Europe: a consideration of the 'nuclear hardship' hypothesis", *Continuity and Change*, 3, 2, 153-176.
- LE BRAS, H., 1981, "Le remariage rival du mariage", Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. (ed.), *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 199-210.
- LIVI-BACCI, M., 1978, *La società italiana davanti alle crisi di mortalità*, Firenze.
- LIVI-BACCI, M., 1981, "On the frequency of remarriage in nineteenth century Italy: methods and results", en Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. (ed.), *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 347-362.

- PÉREZ MOREDA, V., 1986, "Matrimonio y familia. Algunas consideraciones sobre el modelo matrimonial español en la Edad Moderna", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 4, 1, 3-51.
- PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D.S., 1985, "Demographic mechanisms and long-term swings in population in Europe, 1200-1850", *IUSSP. International Population Conference*, IV, 313-329.
- REHER, D.S., 1988, *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Madrid, Siglo XXI / Centro de Investigaciones Sociológicas.
- REHER, D.S., 1990, *Town and Country in Pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*, Cambridge, Cambridge University Press.
- REHER, D.S., 1991, "Marriage Patterns in Spain, 1887-1930", *Journal of Family History*, 16, 1, 7-30.
- REHER, D.S., NOGUERAS, B. y POMBO, N., 1993, *España a la luz del Censo de 1887*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística.
- SMITH, J.E., 1981, "How first marriage and remarriage markets mediate in the effects of declining mortality on fertility", en Dupâquier, J., Hélin, E., Laslett, P., Livi-Bacci, M. y Sogner, S. (ed.), *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*, London, Academic Press, 229-243.
- SMITH, R.M., 1981, "Fertility, economy and household formation in England over three centuries", *Population and Development Review*, 7, 4, 595-622.
- SMITH, R.M., 1988, "Welfare and management of demographic uncertainty", en Keynes, M., Coleman, D. y Dimsdale, N. (ed.), *The Political Economy of Health and Welfare*, New York, Macmillan Press, 108-135.
- WRIGLEY, E.A. y SCHOFIELD, R., 1981, *The Population History of England, 1541-1871: A Reconstruction*, Cambridge, Harvard University Press.